

Élisabeth Badinter

HOMBRES/MUJERES CÓMO SALIR DEL CAMINO EQUIVOCADO

El giro de los años noventa

Recuperar el clima de los ochenta requiere un gran esfuerzo de memoria. Tras los grandes triunfos de la década de 1970 y la llegada de la izquierda al poder, todas las esperanzas eran lícitas. Para algunos eran horas de entusiasmo, cuando no de euforia. En menos de veinte años, las feministas podían celebrar un balance glorioso. El aumento masivo de las mujeres en distintos puestos de trabajo abría finalmente las puertas a una cierta independencia. Desde el momento en que nos ganamos la vida, y la de nuestros hijos, podemos dejar al hombre que ya no soportamos. Libertad invaluable, casi desconocida para la generación precedente. La cantidad de divorcios no dejaba de aumentar y, poco a poco, el matrimonio tradicional se vaciaba de contenido. Saquémonos esa soga milenaria del cuello. Con la contracepción y el aborto, las mujeres occidentales se encontraron munidas de un poder sin precedentes en la historia de la humanidad. Fuera o no algo deseado, esta revolución señalaba el final del patriarcado. Serás padre, si yo quiero, cuando yo quiera. Por último, se desgranaban tantas victorias como nombres de aquellas que graduadas, por primera vez, avanzaban sobre territorios hasta entonces masculinos. Desde la primera mujer mejor promedio en la Escuela politécnica a la primera presidente de la Corte de Casación, pasando por la primera comisaria de policía y tantas otras “primeras”, se tenía la sensación de que se operaba una revolución en la definición de los géneros.

La imagen de la mujer tradicional se desvanecía para dar lugar a otra más viril, más fuerte, casi dueña de sí misma, si no del universo. ¡Por fin se cambiaba de roles! Tras milenios de una tiranía más o menos suave que la relegaba a papeles secundarios, la mujer se convertía en la heroína de la película donde el hombre hacía de figurante. Esa inversión tan gozosa era por cierto fuente de preciosa energía para las mujeres en plena conquista de nuevas fronteras. Por lo demás, ya no se hablaba de fronteras. Todo lo que era de él era ahora de ella, pero todo lo que es de ella ya no es de él. Llenas de ese espíritu

conquistador, las mujeres se vieron muy pronto compartiendo el mundo y la casa con sus compañeros. La igualdad de los sexos se volvía el criterio definitivo de una verdadera democracia.

Insensibles a la nueva oleada del feminismo estadounidense que sostenía un discurso esencialista, separatista y “nacionalista” y recreaba un nuevo dualismo sexual basado en la oposición, las francesas soñaban con una relación pacífica con los hombres de su vida: padre, marido, patrón, y todos los demás.

Únicamente las feministas universitarias habían leído u oído hablar de los furros de la talentosa Andrea Dworkin o de los combates de la jurista Catherine MacKinnon contra el acoso sexual y la pornografía. Mientras, a mediados de la década de 1980, las feministas estadounidenses denuncian ya todos los hechos de violencia cometidos sobre las mujeres, y prolongan así en el tiempo una creciente desconfianza respecto del sexo masculino; del otro lado del Atlántico, lo que atrae la atención de las mujeres es la doble jornada laboral y la inexplicable inercia de los hombres. Es verdad que la sociedad francesa era menos brutal que hoy y que las víctimas de la violencia masculina se mostraban poco. Es entonces, en 1980, menor el endurecimiento de la legislación contra la violación que el éxito de un librito ameno y desprovisto de acrimonia, *Le Ras-le-bol des superwomen, [Las supermujeres están hasta la coronilla]* de Michèle Fitoussi lo que marca un viraje en las sensibilidades. Aparecido en 1987, este libro de una periodista de 32 años, madre de dos hijos, es la primera piedra lanzada con tanta resonancia en el jardín de las feministas de la década de 1970. El propio título se convirtió en una expresión habitual de la prensa. El estar hasta la coronilla era la nueva manera de decir: “Nos estafaron”.

Como no podemos encarar la idea de un retorno al estado anterior y está fuera de cuestión el sacrificio de la vida familiar o profesional, la mayoría de las mujeres se sienten obligadas a avanzar a cualquier costo por la senda que trazaron sus madres. De todas formas, no es tiempo de conquistas entre cánticos. Ahora se trata de un cambio psicológico que se va a fusionar con una nueva sensibilidad social. En principio, el desencanto respecto de los hombres. La mayoría no ha jugado el juego de la igualdad. En todo caso, no lo suficientemente rápido, ni lo suficientemente bien, como demuestran los horarios comparados de padres y madres de familia. Desde hace veinte años, nada ha cambiado verdaderamente: las mujeres siguen asumiendo las tres cuartas partes de las tareas familiares y del hogar. De qué se amargarán una... Como bien se podía prever, el desencanto se tornó resentimiento. Contra las feministas que, después de proclamar objetivos irrealizables, se refugiaron en el silencio o el *mea culpa*. Contra el Estado, en manos de los hombres, que se desentiende de los problemas de las madres de familia. Por último, contra los hombres,

que no se conforman con oponer a sus compañeras una fuerza de inercia sin límites, sino que luchan a brazo partido por conservar su coto de caza: los ámbitos de poder.

Esa comprobación poco gloriosa se vio amplificada desde principios de la década de 1990 por la dureza de la crisis económica que se incubaba desde hacía más de quince años. Millones de hombres y proporcionalmente aún más mujeres sufrieron la experiencia del desempleo. Ya no era época propicia para reivindicaciones feministas. Por el contrario, la sociedad se replegó sobre sí misma y numerosas madres de dos hijos –sobre todo, entre las más frágiles económicamente – volvieron a sus casas, a partir de un medio-SMIC.¹

Paralelamente a esta experiencia de impotencia se abrió camino en nuestra sociedad una nueva sensibilidad que engendró, poco a poco, una inversión de las jerarquías de valores. Desde el final de la década de 1980, y más aún hoy, el hombre occidental ha cedido con placer a lo que Pascal Bruckner llama *tentación de la inocencia*. La nueva figura heroica ya no es aquella cuyo clamor atraviesa las montañas: es la víctima que se declara indefensa. “El infortunio es el equivalente de una elección, ennoblece a quien lo sufre y reivindicarlo es cortar con la humanidad ordinaria, convertir su superación en gloria [...]. Sufro, luego valgo”, concluye Bruckner. Todo sufrimiento reclama denuncia y reparación. La victimización general de la sociedad acarrió, como consecuencia, el aumento del poder de los tribunales. No se habla más que de penalización y sanción.

El feminismo no escapó a esta evolución. Al contrario, fue una de sus puntas de lanza. Hay menos interés en aquella que realiza hazañas que en la víctima de la dominación masculina. La superchica tiene mala prensa. En el mejor de los casos, es una excepción; en el peor, una privilegiada egoísta que rompió el pacto de solidaridad con sus hermanas sufrientes. Nada más revelador a ese respecto que el espacio concedido por las revistas femeninas a la hazaña sin precedentes de la navegante Ellen MacArthur. Que esa mujer diminuta haya vencido una de las más épicas *Route du rhum*,* dejando detrás a los marinos más fogueados no ha provocado más que un entusiasmo moderado. Por cierto, *Elle* tituló en la primera plana “Nuestra heroína”, pero no juzgó necesario hacer una cobertura, como hizo unos años antes con Florence Arthaud. Y *Madame Figaro* no le dedicó más que algunas líneas bajo una foto, cuidando repartir los elogios entre ella y uno de sus desdichados rivales que tuvo la “valentía de confesar su miedo y regresó algunas horas después de la largada”.

¹ Salario mínimo que se paga a los desempleados en Francia y que equivale a 167 horas de trabajo mensual. [N. del T.]

* *Route du rhum*: Regata transatlántica de embarcaciones monotripuladas. Los competidores parten de Saint-Malo y llegan a Ponte de Pitu (Guadalupe). [N. del T.]

La hazaña de las deportistas –sobre todo, cuando dejan detrás de ellas a sus colegas masculinos– es menos anecdótica de lo que parece. Demuestran el poder de la voluntad y del coraje. Rompen con la imagen de mujer que exige protección, tan cara a las radicales estadounidenses. Las deportistas de alto rendimiento, las grandes reporteras o las demás mujeres que hacen su camino en territorios masculinos perturban a la ideología dominante. Por lo tanto se prefiere ignorarlas y reservar la atención al tema de la eterna opresión masculina.

Nada ha cambiado, dicen unas. Incluso es peor, dicen las otras. Jamás se puso tan claramente en el banquillo de los acusados a la violencia masculina. Violencia social y violencia sexual son la misma cosa. El culpable es señalado con el dedo: el hombre, sin importar su condición. Numerosos sociólogos y antropólogos repiten sin cesar esa constatación desesperante: natural o cultural, la supremacía masculina es universal. Sin olvidar su corolario: las mujeres están en todo tiempo y lugar en posición de inferioridad, luego, son víctimas reales o potenciales. Apenas si se reconoce que esa posición lastimosa ya no corre más en el ámbito de la reproducción. Y cuando se lo admite, se omite relevar todas sus consecuencias.²

Esta perspectiva “victimista”³ no carece de ventajas. En principio, una se siente, sin más, del lado correcto de la barricada. No sólo porque la víctima siempre tiene razón sino también porque provoca una conmiseración simétrica al odio sin piedad que una dispensa a su verdugo. Los penalistas lo saben bien: raras veces el público se identifica con el criminal que está en el banquillo. Por ende, la victimización del género femenino permite unificar la condición de las mujeres con el discurso feminista bajo una bandera común. Así, el rompecabezas de las diferencias culturales, sociales o económicas se desvanece con un toque de varita mágica. Incluso se puede comparar, sin sentir pudor, la condición de las “europeas” con la de las “orientales” y afirmar que “en todas partes las mujeres, por ser mujeres, son víctimas del odio y la violencia”.⁴ La burguesa de París-VII y la joven árabe de la periferia: el mismo combate.

Sin embargo, al confundir a las víctimas verdaderas con las falsas, se corre el riesgo de malinterpretar la urgencia de los combates a emprender. Al insistir constantemente acerca de la imagen de la mujer oprimida e indefensa contra el opresor hereditario, se pierde toda credibilidad ante las generaciones jóvenes que no escuchan con ese

² Las nuevas técnicas de reproducción minimizan cada vez más la participación masculina. Sin hablar de la amenaza que hace pesar la clonación terapéutica sobre el género masculino.

³ Neologismo que designa la actitud que consiste en definirse prioritariamente como víctima.

⁴ Antoinette Fouque, *Marianne*, 9-15 de diciembre de 2002.

oído. Por otra parte, ¿qué se les propone, si no cada vez más victimización y penalización? Nada muy estimulante. Nada que pueda cambiar su vida cotidiana. Por el contrario, obsesionado por el proceso del sexo masculino y la problemática identitaria, el feminismo de los últimos años dejó de lado los combates que fueron su razón de ser. La libertad sexual cede paso al ideal de una sexualidad domesticada, al tiempo que se ve resurgir el mito del instinto maternal sin que nadie cuestione nada. Es verdad que se ha vuelto a la definición implícita de la mujer por la maternidad para justificar la inscripción de la diferencia entre los sexos en la Constitución, como si más mujeres en las asambleas exigieran recuperar el honor de los viejos estereotipos.

Hoy hace falta que nos preguntemos cuáles son los verdaderos avances logrados luego de quince años. El discurso feminista mediatizado,⁵ que se hace escuchar actualmente, ¿refleja las preocupaciones de la mayoría de las mujeres? ¿Qué paradigmas masculino y femenino intenta promover? ¿Qué modelo de sexualidad pretende imponer? Tantas preguntas a veces exigen un recorrido por los Estados Unidos. No es que nos hayamos tragado tal cual lo que había en su sopera. Pero con retraso –como es costumbre– les tomamos prestadas algunas ideas que mezclamos con las nuestras. Falta juzgar el resultado.

))((

1. El nuevo discurso del método (fragmento)

Hace tiempo que los criterios cartesianos de verdad están fuera de circulación. Preferimos la analogía y la generalización a la idea “clara y nítida”. En resumen, la amalgama que consiste en “mezclar elementos diferentes que no concuerdan en nada”.⁶ Pero la amalgama es menos la herramienta del sabio que del político. Por otra parte, la filosofía que funda al actual feminismo victimista es difícil de aprehender. Conciernen a diferentes nebulosas en las que el culturalismo se codea con el naturalismo y con un esencialismo que nunca dice su nombre. Se tiene a menudo la sensación de que los principios no dirigen la acción sino que esta última produce justificaciones a posteriori. La apuesta es menos a una teoría de la relación entre sexos que a la puesta en acto de una acusación contra el otro sexo y contra un sistema de opresión.

⁵ No confundir con los estudios feministas que se dirigen a un público universitario.

⁶ Definición del *Robert* que también dice: “Método que consiste en englobar artificialmente diversas formaciones explotando un punto común”.

Nueva lógica, pero vieja filosofía. Lo quiera o no, aquel feminismo engendró una representación de la mujer que amenaza con hacernos retroceder muy lejos o llevarnos a donde no queremos ir.

))((

2. Omisiones (fragmento)

Toda militancia choca contra una dificultad: tomar en cuenta lo diverso de la realidad.

Los recientes informes franceses y europeos sobre violencia doméstica contra las mujeres dan cuenta de cifras alarmantes asociadas a sorprendentes comparaciones. Según la última publicación del Consejo Europeo,⁷ una mujer sobre cinco, en Europa, es víctima de violencia. En la mayoría de los casos, el agresor es un miembro de su familia. La violencia sería la principal causa de muerte e invalidez “antes que el cáncer, los accidentes camineros e incluso la guerra”. En Francia, seis mujeres mueren cada mes como consecuencia de violencia conyugal. En España, una mujer es asesinada casi cada semana por su marido o compañero. “El terrorismo conyugal causó el año pasado tres veces más víctimas que los atentados de la ETA”. Se alude a la cifra de 1.350.000 francesas víctimas de violencias conyugales en 2001, o sea el 10% de las mujeres,⁸ y a los dos millones de españolas, o sea el 11% de la población femenina. Sin mayor precisión, se habla de asesinatos, de mujeres golpeadas y de maridos violentos. Pero se ha visto que, al menos en el estudio francés, el concepto de violencia engloba a la vez las agresiones físicas y las presiones psicológicas que constituyen la parte preponderante de los episodios de violencia conyugal. A decir de los psicólogos, la violencia psicológica y verbal reiterada sería tan destructiva como la violencia física.

Al leer estas estadísticas, se piensa en una nueva epidemia de violencia masculina. No habría ninguna diferencia entre Europa y los continentes más desfavorecidos. A partir de esto, el desánimo se apodera del lector apurado o convencido a priori de la malignidad natural del hombre. Con todo, quedan muchos interrogantes planteados. En el momento en que todos los países europeos admiten el divorcio, ¿por qué tantas mujeres, objeto sólo de presiones

⁷ *Violence domestique envers les femmes*, texto del 27 de septiembre de 2002. Véase *Le Figaro*, 31 de diciembre de 2002, y el correo de la *Marche des femmes*.

⁸ Encuesta del Enveff.

psicológicas,⁹ no recurrieron a él? ¿Por qué no hacen simplemente sus valijas? La respuesta más evidente es la falta de recursos materiales, la imposibilidad económica para aquellas que son madres de solventar sus necesidades y las de sus hijos. Sin embargo, el informe del Consejo Europeo nos enseña que “la pobreza y la falta de instrucción no son factores significativos; la incidencia de la violencia parece incluso elevarse con los ingresos y el nivel de instrucción”. Un estudio holandés, citado por el autor del texto europeo, revela que casi todos los autores de actos de violencia contra las mujeres están munidos de un diploma universitario. Eso no quiere decir que las víctimas estén en la misma condición; pero nos quedamos sin embargo sorprendidos de la pasividad de aquellas (y aquellos) que podrían escapar de su verdugo y no lo hacen.¹⁰ Paradójicamente, se encontrará –un poco más adelante– la respuesta entre los hombres golpeados.

Por otra parte, cuando se lee que 50 mil francesas son violadas al año, que 41 mil españolas hicieron denuncias en 2001 contra maridos violentos, que en Grecia uno de cada cuatro hombres, de entre 25 y 35 años, ha golpeado al menos una vez a su compañera, se plantea la pregunta de cómo calificar a estos hombres violentos. ¿Psicópatas? ¿Sádicos? ¿Canallas? ¿O hay que pensar, por el contrario, que la violencia es inherente a la masculinidad que se define siempre por el deseo de dominación? En otros términos, ¿es la violencia masculina una patología o más bien el desborde de una pulsión propia de los hombres?

))((

3. Contradicción (fragmento)

Entramos cada vez más atrapados en el esquema de una doble obsesión sexual. Por un lado, las consignas desquiciadas sobre la obligación de gozar, hecho abusivamente llamado “expansión”; por el otro, la remisión a la dignidad femenina, rebajada por demandas sexuales no deseadas, cuyo campo no cesa de extenderse. Por una parte, desde la década de 1970 hay esfuerzos por disociar a la sexualidad de la moral y llevar cada vez más lejos los límites de la transgresión; por la otra, se reinventa la noción de sacrilegio sexual. Objeto de consumo u objeto sagrado, actividad libertina o criterio de

⁹ Es comprensible que para aquellas que son objeto de violencia física o de un verdadero encierro, pueda resultar imposible salir.

¹⁰ Según la encuesta del Enveff, entre las mujeres que se declaran víctimas, el 10% son de los estratos superiores, el 9%, empleadas, el 8,7%, obreras. Las desocupadas son el 13,7% y las estudiantes, el 12,4%.

dignidad, diversión o violencia, el sexo se convirtió en objeto de dos discursos que se oponen casi término a término y en una apuesta crucial del nuevo feminismo moral.

Al resacralizar la sexualidad, la segunda oleada feminista efectuó un giro radical con respecto al feminismo que la precedió. En ósmosis con las reivindicaciones propias del '68, éste planteaba con claridad su deseo de dinamitar el propio cimiento del patriarcado, a saber, el dominio por parte de los hombres del sexo de las mujeres. La gran lucha por los derechos a la contracepción y al aborto buscaba tanto la recuperación del poder de procreación como obtener una nueva libertad sexual. "Madre si quiero y cuando quiera" significaba también "disfrutar sin trabas". Al hacer esto, las feministas de la primera hora contribuyeron ampliamente a la liberación de las mujeres, pero también a la banalización de la sexualidad.

Ni bien se conquistaron estas nuevas libertades, se escuchó del otro lado del Atlántico un rugido reprobador. Eran los gritos de las feministas lesbianas radicales que denunciaban esta banalización, según ellas, en completo beneficio de los hombres y en detrimento de las mujeres. Creyendo quebrar el yugo masculino, las feministas libertarias por el contrario lo habrían reforzado. Más que nunca, las mujeres funcionaban como objetos descartables. La humillación femenina estaba en su punto más alto. Correlativamente, nos interrogábamos sobre la naturaleza de las sexualidades masculina y femenina. Una, desenfrenada, violenta, conquistadora. La otra, más tierna, delicada y fiel. De allí algunas llegaron a la conclusión de que había una incompatibilidad entre ambos sexos; otras, mayores en número, plantearon que era preciso poner freno a la banalización sexual que sobreexcitaba la violencia masculina. Poco a poco se insinuó en las mentes la idea de que el sexo femenino era, sin más, un santuario y que tan sólo había un tipo de sexualidad femenina. Las autoproclamadas liberales, las que no adjudican más importancia a echarse un buen polvo que a una buena comida, se convirtieron en las excepciones a la regla. Se las suponía mujeres virilizadas, por lo tanto, alienadas; las más desdichadas eran, sin discusión, las prostitutas que osaban llamarse libres. No sólo contribuyen al envilecimiento de la imagen y del cuerpo de la mujer (como la *stripper*, la actriz porno, la "chica Barbie" y otras modelos a las que se transforma en objeto sexual para vender mostaza), sino que traicionan a sus hermanas esclavas, víctimas de los peores proxenetas mafiosos. Tras la crítica del sexo de consumo, la del marketing sexual. En menos tiempo del que se necesita para decirlo, ese feminismo reencontraba los acentos moralizadores de antigua matriz judeocristiana y participaba en el renacimiento de los estereotipos sexuales de los que con tanto esfuerzo nos habíamos desembarazado.

Hay quien contrapone el hombre predador que sólo piensa en su placer con su víctima, que no busca otra cosa más que amor.

Aterrorizada por el macho dominador, ella ya no se atreve o ya no sabe decir *no*. Sin embargo, no deja de advertirse que la sexualidad es un peligro: ella corre el riesgo de perder su integridad y su dignidad. Curiosamente, ni una sola palabra se pronuncia sobre las mujeres que dicen *sí* y acumulan alegremente sus conquistas masculinas. Se evita el menor comentario sobre la obra autobiográfica de Catherine Millet,¹¹ sin dudas por miedo a pasar por mojigato; pero no se vacila, como Chiens de Garde,* en salir a la calle para protestar contra la prohibición de la película *Baisemoi* a menores de 18 años. Es verdad que cuenta la carrera criminal de dos mujeres que matan a todos los que se les cruzan por el camino como revancha por su sucia vida. Tal vez no estaría mal mostrársela a los hombres para que vean, invertidos los roles, el horror de su propia violencia. Porque una vez que estaban en posición de víctimas, los réditos pedagógicos valían que se maltratara un poco nuestra tierna naturaleza. Dos mujeres presas del sadismo no podrían ser más que hipótesis académicas, o criaturas que enloquecieron por el horroroso tratamiento padecido.¹²

Al fin de cuentas, es muy raro que las feministas, confundidos todos los límites, salgan a responder a la violencia con violencia. La forma de lucha elegida siempre es democrática, por lo tanto, legítima. Opera en tres tiempos: toma de conciencia moral de un hecho de violencia cometido contra las mujeres y su penalización a posteriori de una presentación ante un tribunal. Es decir que el combate ideológico es fundamental. Al luchar hoy por la ampliación de la represión como crimen sexual de la prostitución y la pornografía, el feminismo bienpensante, embanderado en su dignidad ofendida, no vacila en aliarse con el orden moral más tradicional.

Su enemigo declarado es la odiosa sociedad de consumo, expresión de un capitalismo liberal a ultranza; el feminismo libertario es también acusado de ser su cómplice ciego. La prenda en juego de la batalla que se libra actualmente es fundamental: se trata nada menos que de redefinir las relaciones entre hombres y mujeres, y de sus libertades recíprocas.

¹¹ Catherine Millet, *La vie sexuelle de Catherine M.*, 2001 [trad. esp.: *La vida sexual de Catherine M.*, Barcelona, Empuries, 2001].

* Asociación francesa fundada en 1997 para combatir el sexismo, sobre todo en el ámbito de la política. Han adherido a sus planteos varios intelectuales, entre ellos Alain Touraine y Élisabeth Roudinesco. [N. de T.]

¹² En una entrevista concedida al *Nouvel Observateur*, 22-28 de junio de 2000, la autora, Virginie Despentes, declaró sin rodeos: "Es tiempo de que las mujeres se conviertan en verdugos [¿de los hombres?], sin desdeñar la violencia más extrema".

))((

4. Regresión (fragmento)

La razón primordial del feminismo –en ello no hay diferencias de una a otra corriente– es instaurar la igualdad entre los sexos y no mejorar las relaciones entre hombres y mujeres. No confundir el objetivo y sus consecuencias, aunque a veces se finja creer que ambas cosas van a la par. Las divergencias feministas sobre el concepto de igualdad y los medios para alcanzarla echan luz sobre puntos de vista muy diferentes sobre la relación entre los sexos. Según el tipo de feministas, mantener la connivencia respecto de los hombres es esencial, accesorio o imposible.

Hay algo que no cambia: todo discurso feminista se dirige prioritariamente a un público femenino que no debe sino cumplir con los combates ideológicos de las teóricas, aunque las mujeres sean las primeras en sufrir sus consecuencias. Ahora bien, para la mayoría de las mujeres, no puede haber mejora en su situación más que con una conquista de la igualdad que no ponga en peligro sus relaciones con los hombres. Aunque sepan bien que no se arrancan al amo sus privilegios sin resistencia ni chirrido de dientes, conocen cuán verdadero es el planteo de Margaret Mead: cuando un sexo sufre, también sufre el otro. Aunque para algunas los progresos resulten muy lentos y para otras el reparto de los despojos sea demasiado rápido, la mayor parte de mujeres y hombres tienen deseos de vivir juntos, y de vivir mejor. Es decir, con prescindencia de que el feminismo radical tenga pocas posibilidades de ser escuchado. Hoy se plantea la problemática de un balance de la corriente feminista que imperó durante estos últimos quince años. En fase con la sociedad global, apela tanto al diferencialismo como al victimismo, a veces a ambos a la vez. A gusto tanto en los partidos políticos de derecha como en los de izquierda, en las instancias europeas o el mundo asociativo, su credo reposa sobre dos propuestas principales: las mujeres siempre son víctimas de los hombres y requieren una protección especial. Son esencialmente distintas a ellos; y la igualdad de los sexos exige tomar en cuenta esa diferencia.

Estos dos postulados, a menudo indisociables, que triunfan en toda la Unión Europea, trazan un modelo de relación entre los sexos y una concepción de igualdad cuyas consecuencias deben medirse. ¿Cómo es hoy la relación entre hombres y mujeres? ¿La recuperación de la diferencia biológica es propicia o no a la emancipación de las mujeres?